

158

La Estética de La
Juventud:
La construcción
del carácter
moral como
obra de arte

Andrés Rodríguez Rubio

RESUMEN

LA CONDUCTA MORAL O EL ESTILO CONDUCTUAL DE CADA CUAL es un constructo existencial que toma el tiempo vital para hacerse. Es el *êthos* que se va haciendo día a día, el carácter, el modo de ser. De *êthos* viene ética, señaló Aristóteles. Hay, por lo tanto, una elección del personaje que queremos ser y una construcción diaria del mismo. Nuestra conducta no es improvisada cada vez, es la consecuencia de la historia personal de nuestra biografía íntima. Exponemos aquí el proceso de esa trayectoria como equivalente a la creación de una obra de arte o a la unión de la ética y la estética en la edificación del carácter moral. Aunque no todos encaran la existencia en el sentido positivo que exponemos y, por lo tanto, el resultado de la existencia puede ser, si acaso, una tragedia o una media-nía sin acento ninguno.

Palabras claves: ética, estética, carácter, virtud.

Milenio, Vol. 10, 2006

ISSN 1532-8562

INTRODUCCIÓN

LOS ACTOS LIBRES VAN CONSTRUYENDO en el tiempo una figura moral estable que llamamos carácter o *êthos*. De la misma manera que se construye la casa poniendo piedra sobre piedra, el *êthos* se edifica, acto sobre acto, sobre el terreno de la naturaleza original y se convierte en segunda naturaleza, que es esta creación que deliberadamente dirigida formamos como la morada del ser. Porque una vez edificado el *êthos*, nuestros actos salen formalizados por la personalidad moral que llegamos a tener o ser. Por eso Aristóteles advirtió que *ética* viene de *êthos*.

Otros han dicho que carácter es destino en cuanto una vez formado los actos salen con la marca del *êthos* construido. Pero no es el destino de los dioses, sino el destino que el hombre mismo predetermina por su modo de ser adquirido. El ser está ligado, como enunció Heidegger, al tiempo. Somos lo que en el pasado delineamos en la forma sutil del estilo personal que se

fue haciendo y que ahora se vislumbra como obra propia cincelada por la libertad, que eligió el toque justo en el instante en que decidimos qué hacer, en el drama cotidiano de existir. El porvenir de mi libertad está dirigido por la libertad original del pasado, aunque en cuanto libertad puede cambiar el destino prefijado, que es el privilegio de ser *humano*, que puede elegir la *conversión*, aniquilando su propio destino y edificando uno nuevo.

Al igual que el escultor trabaja sobre el mármol elegido para convertirlo después en un David o un Moisés, el humano, también, trabaja sobre la sustancia ética, que es la vida, para construir así el ser moral. De ahí que realmente la ética es también estética. Pero el drama del ser es que puede resultar un David, un monstruo o figuras intermedias que no pasan de la figura banal y trivial del hombre mediocre. El instante, por lo tanto, tiene más importancia de lo que le otorgamos, y más todavía en la juventud donde comenzamos a cincelar nuestra figura, no la visible, que carece de tanta importancia, sino la invisible figura sentida en las actitudes, que los ojos no ven, pero que el corazón siente, cuando nos cruzamos unos con otros. La ética camina en la *polis* como el aire en los jardines.

La relación entre la ética y la estética parece encontrarse al observar este último término. En efecto, éste (*est-ética*) contiene la palabra ética y quizás por no detenernos lo suficiente nunca notaremos este curioso hecho. Esta observación nos sirve de hilo conductor para ahondar en el tema que nos ocupa: la relación entre la construcción artística y la construcción del carácter moral. Estética suele entenderse como filosofía de la belleza, pero también es filosofía del arte. Ambos sentidos serán tomados en cuenta en lo que vamos a indagar a continuación.

En primer lugar queremos aclarar que esta relación ética-estética se remonta a la antigüedad, aunque en realidad la palabra estética como la usamos hoy no existía. El término surge, como filosofía de la belleza y del arte en el siglo XVIII con Alexander Baumgarten (1714-1762)¹.

En el pensamiento antiguo, en la filosofía griega, aparece esta relación especialmente en Pitágoras, Sócrates y Platón. El primero, se refiere ya a una vida hermosa, como una obra de arte lo que tiene una evidente connotación moral.² Sócrates y Platón prácticamente identifican la belleza y el bien (es lo que se entiende por *kalokagathía*). En el diálogo *Fedro* hay una referencia expresa a la belleza de las almas que son las que poseen y practican la virtud. En el mundo romano, en el pensamiento estoico, más enfáticamente aún ésta, la virtud, es el arte de la vida³. La conjunción de belleza y bien es definitiva.

En Aristóteles, más que una referencia a la belleza hay una indagación

